

VASCO NUÑEZ DE BALBOA  
Y EL DESCUBRIMIENTO DEL OCEANO PACIFICO

Escribe: JUAN FRIEDE

El descubrimiento de América, el más significativo acontecimiento en la Europa Occidental posterior a las Cruzadas, tiene en estas su punto de partida. Aunque conducidas bajo el signo de la religión con el objeto de arrebatar los Santos Lugares a los infieles, las Cruzadas tenían un fundamento real, político y económico. Se anhelaba ocupar el Levante —el Mediterráneo Oriental— que desde la remota antigüedad constituía un puente económico y espiritual entre Europa y el Lejano Oriente y fue una región codiciada por todas las potencias, tanto europeas como asiáticas, desde que Alejandro Magno irrumpió a través de Persia en la India, hasta tiempos más recientes, cuando las potencias imperialistas europeas lograron poner pie firme en Siria, Arabia, Egipto e islas del Mediterráneo.

El Levante tenía antaño una importancia trascendental en la evolución económica del Occidente Europeo. A aquellas tierras mediterráneas convergían los largos caminos terrestres y marítimos, a través de los cuales afluían los codiciados artículos del lejano Oriente: la India, China, Japón y las Islas Malayas. Especies, que en la Europa medieval no solo se empleaban en la culinaria, sino también en la farmacopea; telas finas, sedas, damascos y brocados, cuya fabricación no conocía Europa; joyas, piedras preciosas y demás artículos de lujo, de fina artesanía oriental, llegaban a través de Persia, Arabia o Egipto, tras prolongada navegación por las costas del Indico, Golfo Pérsico y Mar Rojo, y luego por tierra en caravanas hasta Alejandría, Damasco, Beiruth y otros puertos marítimos, que llegaron a convertirse en emporios comerciales de primer orden y en principales proveedores de los codiciados artículos orientales. La posesión del Levante era, pues, de vital importancia para este comercio. Sin embargo, toda aquella región estaba en manos de los musulmanes.

El desarrollo de este comercio euroasiático estaba coartado por muchas trabas y graves inconvenientes. Las principales ciudades del centro y sur europeo, tales como Venecia, Génova, Milán, Marsella, Barcelona y muchas otras más, erigieron en el Levante sus agencias y factorías para adquirir los afamados productos orientales a cambio de hierro, metales, herramientas, armas, telas de lana, etc., pero dependían de las potencias asiáticas, dueñas del Levante. Estas imponían las condiciones de los con-

venios económico y militares, a más de cobrar crecidos derechos e impuestos, aprovechándose más de una vez de las rivalidades que surgían entre las distintas ciudades europeas, ufanadas de participar en este lucrativo negocio de las mercancías orientales.

Con las Cruzadas, la Europa cristiana esperaba poder minar esta onerosa e incómoda dependencia económica del Asia musulmana. La Santa Sede que por aquel entonces estaba en su apogeo político y económico, creía poder retener la infiltración del mundo islámico en la mentalidad del Medievo y llevar la fe de Cristo hasta el Lejano Oriente. Pero las Cruzadas se saldaron, como sabemos, con un rotundo fracaso. Europa, dominada por el sistema feudal, dividida en innumerables estados sujetos a reyes, príncipes, condes, barones, duques y marqueses; desgarrada por guerras interiores, intrigas y rivalidades entre sus pequeños y grandes potentados e intereses particularistas y divergentes, no era capaz de llevar a cabo con buen éxito una empresa de tal magnitud, la cual necesitaba unidad y mancomunidad de esfuerzos. Derrotados en los campos de batallas o por desavenencias internas, los Cruzados claudicaron ante las potencias asiáticas. No solo fue detenida su marcha hacia el Levante sino que se trocaron los papeles. Fue el Asia musulmana la que avanzó poderosamente sobre el Occidente. Afirmó sus posesiones en Asia Menor, su dominio sobre todo el litoral africano, cerró definitivamente a la navegación de las potencias europeas la salida al Atlántico, con la ocupación del Estrecho de Gibraltar, y se constituyó en dueña y señora del Mediterráneo. La antigua cuenca de la cultura europea se tornó en un *mare nostrum* no cristiano, sino musulmán. La navegación mediterránea se hizo peligrosa para los cristianos y los puertos de Europa Meridional tuvieron que sufrir durante siglos los impactos de los piratas musulmanes.

Pero aún más. Aprovechando las guerras intestinas que desgarraban Europa y las rencillas dinásticas entre las casas reinantes, el Imperio Otomano emprendió un poderoso avance sobre el sureste de Europa el cual culminó en 1453, con la caída de Constantinopla. La derrota fue un duro golpe para la cristiandad, pues cerró la única salida que quedaba libre del Mediterráneo en dirección al Oriente, el estrecho de Dardanelos, Mar Negro, Sur de Rusia y Mongolia, por donde también se traficaba con el Lejano Oriente, aunque en menor escala. El comercio euroasiático, que ya desde antes era prácticamente tributario de las potencias musulmanas, cayó bajo la férula y sujeción de estas. Venecia, despreocupándose de la posición de Turquía como "enemigo hereditario" de la cristiandad, se alió virtualmente a este y creó un monopolio casi absoluto del comercio de artículos orientales.

Pero si las Cruzadas fracasaron en lo relativo a sus designios políticos, económicos y espirituales, provocando al contrario un avance musulmán sobre el Occidente, sus consecuencias sobre el futuro destino de Europa fueron de enorme trascendencia. No nos detendremos en dilucidar todas las consecuencias de esta sonada derrota ante las potencias musulmanas; derrota que despertó una conciencia europea de que antes se carecía. Desde el punto de vista de la historia americana, nos interesa más su aspecto económico, pues las cruzadas constituyeron el punto de partida para la intensificación de las relaciones entre Occidente y Oriente, relaciones ora

de paz ora de guerra, pero que enlazaban de manera permanente a Europa y Asia. Este enlace se convierte en un eje alrededor del cual girara la evolución histórica de ambos continentes. Originó en los siglos posteriores la ocupación del Lejano Oriente por las potencias europeas imperialistas, y conserva aún hoy su vigencia, si observamos la importancia que tienen para el destino del mundo las relaciones entre Oriente y Occidente.

Las Cruzadas contribuyeron a un mejor conocimiento del Oriente entre los nobles, ansiosos de lujo y comodidades, conductores de los ejércitos; entre la burguesía de villas, puertos y ciudades, enriquecida por los suministros de guerra; entre el campesinado que abastecía la tropa o se alistaba como soldado. En adelante, el tráfico de artículos orientales se transformó en el resorte de la evolución económica europea, continente que abandonaba el austero medioevo para entrar en la era renacentista con nuevas armas: nuevos medios de producción, auge de la minería, mejoramiento de las vías de comunicación, florecimiento del comercio, prodigioso avance de las ciencias y artes, y significativos cambios en la estructura social, mediante la formación de los estados nacionales. El comercio euroasiático adquirió un impulso inusitado, pese a las guerras y las onerosas condiciones en que se desenvolvía a través de los incómodos intermediarios asiáticos.

El insistente anhelo de encontrar nuevos accesos a aquellas lejanas tierras no solo se manifestó en virtuales viajes, relatados luego con lujo de detalles y noticias fantásticas y misteriosas, sino también en la literatura e incluso en las ciencias. Fantaseados relatos sobre el Oriente, escritos por gentes que nunca habían viajado —como la obra del Barón de Mandeville—; supuesta existencia de tierras cristianas en Oriente —como la de Preste Juan—; fábulas y cuentos orientales, antiguos tratados de periplos africanos, continentes imaginarios como la Atlántida, todo esto mantenía en inquietud constante el espíritu del hombre, que con el Renacimiento adquirió otra mentalidad. Al pesimismo de la Edad Media siguió un optimismo del ser que cree poder abarcarlo todo, descubrirlo todo y realizarlo todo, mediante el despliegue de sus capacidades. A este hombre el mundo le parece más pequeño de lo que es en realidad, las tierras lejanas más accesibles y su exploración más factible. Y ciertamente, los adelantos de la ciencia y de la técnica, el perfeccionamiento de las cartas de marear, el uso de la brújula, del astro-labio y de nuevos elementos de navegación, conocimientos geográficos más exactos, acercan el Occidente europeo al Oriente asiático.

Pasarán varios siglos en la historia europea antes que pueda realizarse el anhelado objetivo de alcanzar el Oriente a través de una cómoda y segura vía como era la marítima, sin correr los riesgos de un largo viaje por tierras de infieles, con costos considerables. Poco a poco se van fortaleciendo las monarquías nacionales capaces de avocarse a tan magna empresa. Poco a poco se acentúa la presión de las nuevas capas burguesas, surgidas gracias al auge del comercio, de la industria y minería europeas. Y fue necesaria la caída de Constantinopla, que estremeció a toda la cristiandad, para que el anhelo de librarse de la sujeción de las potencias asiáticas, recibiera un pie firme en ese continente. No solo se opuso una seria resistencia al avance musulmán, que ya con la Reconquista de la Península

Ibérica sufrió un duro revez, sino que se afirmó el deseo de alcanzar el Oriente a espaldas de este enemigo y estrangularlo política y económicamente, atacándolo por los flancos opuestos. Este fue el argumento político que esgrimió Portugal para perpetrar la consecución de la bula de Calixto III, que le otorgó el monopolio de la ruta a la India a través del litoral africano. El designio económico era arrebatarse al Imperio Otomano la base económica de su subsistencia, mediante la inauguración de un comercio directo entre Europa y el Lejano Oriente.

Con la caída de Constantinopla comenzó una verdadera carrera para alcanzar el Lejano Oriente por la vía marítima directa y solo estaba libre la salida al Atlántico. Portugal había iniciado ya a principios del siglo XV sus viajes oceánicos, con el gradual avance a lo largo del litoral africano. Con base en la bula de Calixto III, intensifica sus viajes africanos para alcanzar el extremo meridional del continente y en 1486 pasa adelante el Cabo de Buena Esperanza, despejando con ello la ruta hacia la India.

Su rival en esta carrera fue Castilla. Con la ocupación del Estrecho de Gibraltar logró abrir la puerta del Mediterráneo al Atlántico y comenzó a avanzar también por el litoral africano, posesionándose de Canarias y de las costas de la Berbería. La rivalidad entre ambas potencias en este "frente atlántico", como así mismo por cuestiones dinásticas, se zanjó en el tratado de Alcazobas del 1479, tratado aparentemente desfavorable a Castilla, por cuanto confirmó a Portugal la exclusiva de la ruta africana al Oriente; pero preservó los derechos de España no solo a las Canarias, "descubiertas y por descubrir" y a la Berbería, sino también a la navegación por el Atlántico; mar desconocido, denominado "tenebroso" en el medioevo, nunca antes navegado, salvo a lo largo del litoral continental, pero que perdía a ojos vista sus misterios, ante la avalancha de las ideas renacentistas y de esta fe en las capacidades del individuo, que es el punto de partida de la época moderna.

La ciencia contemporánea ayudó a este individuo. Ya estaban profusamente utilizados en la navegación los instrumentos que la facilitaban. Portugal había construido las primeras carabelas que permitían viajes más largos, más seguros y más independientes de los vientos y corrientes marinas. Comenzaron a efectuarse viajes más arriesgados, más alejados de las costas y travesías por el Mediterráneo y Atlántico a las cuales los navegantes nunca antes se habían atrevido. Además, mapas geográficos contemporáneos, basados en tradiciones y creencias de la antigüedad, en suposiciones y anhelos, comenzaron a sembrar el Atlántico, aquel mar "tenebroso", de islas y tierras imaginarias, para formar un puente entre el Occidente europeo y el Lejano Oriente asiático, como si quisieran instigar a los navegantes a cruzarlo para llegar a la tierra prometida.

En esta coyuntura aparece Cristóbal Colón y capitula con los Reyes Católicos su viaje, a fin de recorrer esta ruta marítima hacia el Asia, ya que a través del litoral africano el camino estaba monopolizado por Portugal.

No es nuestro objeto entrar en el análisis de la hazaña del Almirante que casualmente terminó con el descubrimiento de América, sino recordar que lo que se buscaba era un viaje marítimo al Lejano Oriente, para li-

brarse del secular control que ejercían las potencias del Levante en el comercio euroasiático. Hubiera sido una profunda desilusión para todo Europa si se hubiera sabido que lo que había descubierto Colón no era Asia sino al contrario una barrera terrestre que impedía precisamente lo que se estaba buscando, es decir, el viaje marítimo directo al Asia. Pero esto se supo posteriormente. Entonces se aplacó el entusiasmo suscitado por el descubrimiento. Colón perdió muchas de sus prerrogativas. Murió casi olvidado por sus contemporáneos y la colonización inicial de América se efectuó con grandes tropiezos y aún con desgano.

No era fácil para España y con ella para toda Europa admitir el fracaso del viaje colombiano en relación con lo que se buscaba. Durante años se mantuvo la esperanza de que fuese Asia lo que Colón había descubierto y solo muy lentamente se iba imponiendo la evidencia de lo contrario.

España se aferró a este concepto asiático del Nuevo Mundo. A él se debe la firma del tratado de Tordesillas que entregó a Portugal todo el Atlántico, bajo el supuesto de posesionarse de extensas tierras asiáticas situadas allende la línea divisoria convenida.

De que la nueva tierra era Asia se creía en Inglaterra después del viaje de Juan Caboto al Labrador en 1497; en Portugal, cuando en 1500 Pedro Alvarez Cabral se hizo acompañar de un intérprete árabe en su viaje al Brasil; en 1502 en Alemania, con la publicación "Neue Zeitung aus Presillg Land", se declara tierra asiática al Brasil, cercano a Malacca. Aún Américo Vespucci, de regreso de su expedición a la Costa de las Perlas —Venezuela—, estaba convencido de haber recorrido "el principio de Oriente", es decir, Asia. Toda una serie de globos terráqueos y de mapas geográficos apoyaban esta falsa idea, desde 1512 (Stobniza) cuando se declara que la Isla Isabela —Cuba— es parte del continente asiático, hasta los tratados del notable cosmógrafo alemán Johann Schoener, que en 1533 sostiene que el Nuevo Mundo es parte de Asia y que la ciudad de México es el "Quincey", citada por Marco Polo. Islas descubiertas en el Caribe se identifican con las situadas en la costa oriental asiática. Enormes extensiones territoriales que evidenciaban un continente, se toman por islas. Durante decenios, América se consideró un archipiélago sobre el camino hacia Asia. Yucatán, Florida, Panamá, incluso Santa Marta, Cartagena y Venezuela, se señalan como islas, por este deseo de la humanidad de no confesar sus fracasos ni admitir la realidad; actitud que se repite con frecuencia en la historia. De todos modos, veinte años después del descubrimiento de América reinaba en Europa gran confusión sobre lo que realmente se había descubierto ¿Asia o un nuevo Continente?

Y he aquí que el veinticinco de septiembre de 1513, un hombre, Vasco Núñez de Balboa, avistó desde un promontorio situado actualmente en la vecina República de Panamá, un nuevo mar, el "Mar del Sur", el Océano Pacífico.

¿Quién fue este personaje y cómo llegó a descubrir un océano que de manera definitiva vino a confirmar la condición continental del Nuevo Mundo y al mismo tiempo abrió la puerta de un nuevo sector en la ruta marítima hacia Asia?

Había llegado a América con Rodrigo de Bastidas, primer europeo que en 1500 recorrió las costas septentrionales de la actual Colombia, desde el Cabo de la Vela hasta Urabá. El estamento social de que procedía, si de la pequeña nobleza o la capa plebeya, no ha sido todavía suficientemente dilucidado. Pero, al contrario de lo que hicieran el caudillo de aquella expedición y la mayoría de sus acompañantes, Vasco Núñez no regresó a España, quedando en la Isla Española, actual Santo Domingo. Ya este hecho demuestra que a Balboa no le ataban fuertes lazos con la Madre Patria como es el linaje, y que nuestro héroe “quemó sus naves” cuando se embarcó a América, como lo hacía la mayoría de los emigrantes quienes nada tenían que perder.

Tampoco había recibido en la Española una encomienda de indios, lo cual demuestra una vez más que no tenía méritos para ello, ni por su ascendencia social ni por servicios militares u otra índole prestados a la Corona. Estableció una granja en la parte occidental de la isla, dedicándose a la cría y engorde de cerdos, lo que una vez más nos inclina a suponer que pertenecía al estamento social plebeyo. Tampoco fue muy afortunado en este negocio, incurrió en cuantiosas deudas y hacia 1510 estaba, como se dice actualmente, “quebrado”. De acuerdo con las prácticas empleadas en aquel entonces con los deudores morosos, no se le permitió abandonar su domicilio mientras no cancelase las deudas.

Se organizaba por entonces en Santo Domingo una expedición al mando del bachiller Martín Hernández de Enciso, quien se había enriquecido en ejercicio de la abogacía con la fiebre de pleitiar que se apoderó de la embrionaria sociedad colonial. Socio capitalista de Alonso de Ojeda —noble cortesano pero de escasos recursos económicos y gobernador de Urabá— Enciso iba a la gobernación de su socio socorriéndole con gente y llevando abundantes víveres, armas y vestimentos, que pensaba vender a buen precio en aquella flamante provincia. En uno de los barcos se introdujo clandestinamente, dentro de un tonel vacío o entre las plegadas velas, Vasco Núñez, bien para huir de sus acreedores o para tentar suerte en otra región del ignoto continente.

Cuando la expedición arribó a Cartagena se supo que Ojeda ya había abandonado Urabá, tierra inhóspita, enfermiza y con indios belicosos, mientras un puñado de hambrientos colonos al mando de Francisco Pizarro, futuro conquistador del Perú, resto de la hueste de Ojeda, llegaba en estado lastimoso de regreso a Santo Domingo.

No pudo Enciso resignarse a perder el capital invertido en la expedición y, fundándose en sus poderes de Alcalde mayor obligó a todas las gentes a continuar viaje hacia aquella fatídica provincia.

Un naufragio en las costas de Urabá hizo perder a Enciso la casi totalidad de lo que traía en ganado, armas y víveres, aunque la tripulación se salvó milagrosamente, solo para constatar que San Sebastián de Urabá, fundada por Ojeda en febrero de 1510 como primera ciudad en tierras actualmente colombianas, había quedado reducida a cenizas por los aborígenes.

Es este el momento en que aquel fracasado granjero entra en la historia americana y universal, convirtiéndose en el personaje más destacado entre los descubridores del Nuevo Continente. Se revela desde el primer instante como un verdadero líder popular, ejemplo más de las fuerzas y valores potenciales del pueblo, cuando condiciones propicias permiten su manifestación. Y estas condiciones se producen más de una vez a lo largo de la Conquista. A Balboa se debe la fundación del segundo pueblo en tierras colombianas actuales, Santa María de la Antigua del Darién, pues haciendo caso omiso de los límites jurisdiccionales otorgados por la Corona a Alonso de Ojeda y a Diego Nicuesa —Urabá y Veragua—, aconseja atravesar la frontera y erigir en gobernación ajena una ciudad, sin importarle las implicaciones jurídicas que tal acto podía ocasionar, guiándose solo por la necesidad de salvar la vida de sus compañeros. Es él quien, al insistir el bachiller Enciso para que fuera de su exclusivo monopolio el comercio con los indios, a fin de resarcirse ante todo del capital invertido en la expedición, simplemente lo depone, organiza un municipio con regidores y alcaldes elegidos por el pueblo, y asume la responsabilidad del gobierno. Es el mismo Balboa quien no vacila en expulsar de La Antigua al propio gobernador del territorio Diego de Nicuesa, hombre acaudalado y de familia de banqueros, cuando este quiere aprovecharse del sudor de los colonos, para que le sean pagados los gastos que implicó su fracasada expedición a Veragua. Balboa no vacila en expulsar también al bachiller Enciso, cuando este conspira contra él y contra el cabildo, con apoyo de una delgada capa privilegiada de oficiales reales y funcionarios, quienes exigían que se respetase sus prerrogativas y se le diesen jugosas participaciones en el botín de expediciones en que ellos no tomaban parte, quienes —como dice Balboa— “les parece ser señores de la tierra y desde la cama han de mandar la tierra”; en perjuicio de los colonos que se establecieron en una tierra de mortífero clima, poblada con la sangre y muerte de gran parte de sus compañeros. Es él quien logra, mediante una política ecuaníme, atraer a más de veinte caciques comarcanos a una paz permanente, convirtiendo Santa María de la Antigua en una floreciente colonia. Cuando vino Pedrarias encontró al pueblo —reza un informe contemporáneo— “bien aderezado, más de doscientos bohíos hechos, la gente alegre y contenta, cada fiesta jugaban cañas y todos estaban puestos en regocijo, tenían muy bien sembrada toda la tierra de maíz y yuca, puercos hartos para comer, todos los caciques en paz...” etc.

La política de Balboa no era indigenista ni mucho menos. Empleó con los indios los métodos, procedimientos y atropellos de que hacían gala otros conquistadores. Pero a diferencia de los otros “héroes” de la conquista, su objeto no era el simple egoísmo, el aprovechamiento sin consideración de las posibilidades que brindaba el estado primitivo de las tribus, sino que sus miras estaban dirigidas a erigir una colonia permanente, una nueva patria para sí y para sus compañeros. Es significativo para el espíritu colonizador de Balboa que aún antes que el rey le ordenase trasladar los restos de la hueste de Nicuesa desde Nombre de Dios (Veragua) a La Antigua, ya lo había hecho; a diferencia de tantos gobernadores que consideraban la tierra conquistada, un coto cerrado.

Es de extraordinario interés observar cómo Balboa, a diferencia de otros que pedían al rey mercedes por haber conquistado un territorio "a su propia costa y misión", mercedes que se limitaban a pedir rebajas de impuestos, exención de derechos de importación, concesión de vasallos, encomiendas etc., se preocupa antes que todo por dotar la colonia con elementos que describe con una minuciosidad ejemplar para un gobernante. Pide aderezos para *navíos pequeños*; maestros para hacer bergantines y arreglar las ballestas que se descomponían a causa de las lluvias; doscientas ballestas que "no sean más de hasta dos libras", para facilitar el transporte; dos docenas de espingardas, pero "de metal liviano, porque las de hierro luego se dañan con las muchas aguas y se comen de orín"; dos docenas de tiros, pero de metal, porque de hierro "se pierden, que de peso no pasen una arroba o treinta libras, para que un hombre pueda llevarlos donde fuere menester", etc. Y cuando anuncia el rey las ventajas que proporcionaría la proximidad del Mar del Sur, el Océano Pacífico, y la necesidad que vengan 1.000 hombres, exige que sean "de los de la Isla Española, porque los que ahora viniesen de Castilla no valdrían mucho hasta que se hiciesen a la tierra, porque al presente ellos se perderían y los que acá estamos, con ellos". Así Balboa anticipa tímidamente el lema: "América para los americanos". Pero sus verdaderas intenciones como colonizador se manifiestan en aquella frase con que concluye su carta al rey exclamando: "Y aunque ahora, muy poderoso señor, yo no alcance todo lo que [—hay—] en esta tierra, es menester para lo de adelante". Habrán de transcurrir cuatro décadas de la historia de la actual tierra colombiana para que oigamos frases inspiradas en el mismo "americanismo" de boca de Gonzalo Jiménez de Quesada.

Es comprensible que solo a un hombre tan preocupado por la colonia que había fundado, le estuviera reservado un hecho de tal trascendencia como fue el descubrimiento del Océano Pacífico; descubrimiento que obedeció exclusivamente a los informes de los indios cuya amistad logró granjearse nuestro héroe. Ni el ambicioso Cristóbal Colón, preocupado de su propia gloria; ni Rodrigo de Bastidas, comerciante ocasional; ni Alonso de Ojeda, hombre de capa y espada; ni Diego Nicuesa banquero y mercader opulento, pudieron sonsacar de los indios tal noticia, pese a haber visitado y explorado la región en que se asentó posteriormente Balboa. Fue un hombre del pueblo, colono y americano, a quien le cupo esta gloria. Y si no fuera que su vida fue muy pronto cegada por "los de arriba", hubiera descubierto muchas tierras que bordean las costas del Pacífico.

La jornada descubridora del océano fue en sí un hecho fácil y empresa sin complicaciones, pese a lo que dicen los cronistas y que exageran y abultan increíblemente algunos historiadores. Fue un paseo, si lo comparamos con las jornadas de un Cortés, de Jiménez o de un Badillo. Incluso la expedición del mismo Balboa al Atrato fue mucho más peligrosa y costosa en vidas humanas que la del descubrimiento del Pacífico. El primero de septiembre se embarcan en Santa María La Antigua 190 hombres en un bergantín y nueve canoas, y sin contratiempos llegan el 4 del mismo mes a Acla, tierra del cacique Carreta, amigo de los españoles. El día 6, pisa Balboa con una parte de su gente el territorio de Ponca, quien huye después de una breve resistencia, dejando en su pueblo abundante

cantidad de víveres. Allí se instalan los españoles. El 13 retorna el cacique Ponca y concluye las paces con los cristianos. Sin embargo, los españoles siguen descansando en el pueblo hasta el 20 de septiembre. Este día, bien alimentados, y provistos de guías indígenas y gran número de indios de servicio que transportan víveres y equipajes, reanudan su marcha por senderos bien trajinados, debido a las frecuentes relaciones entre los indios de ambas costas. Comienza el ascenso por la cordillera, la cual en ese lugar no sobrepasa de los seiscientos metros de altura. La atraviesan en cuatro días y el 25 de septiembre por la mañana, Balboa avista el Pacífico. Se reza el Te Deum y se erige la gran cruz de madera. Ni un solo soldado, ni un perro de los que acompañaban el ejército, sufrieron el menor percance, desde que salieron de La Antigua hasta que Balboa, espada en mano y con el pendón real, se mete en el mar y toma posesión "real y corporal y actualmente de estos mares y reinos y provincias que les pertenecen y pertenecer puedan [—a los Reyes Católicos—] en cualquier manera y por cualquier razón y título que sea...".

La travesía del istmo no fue por cierto un hecho heroico, pero para Balboa, personalmente, el descubrimiento del Océano fue fatal. Había demostrado no solo que la tierra de Colón no era Asia, sino además que hacia Asia conducía un nuevo mar, el "Mar del Sur". Que había pues una vía marítima hacia aquel continente, cuyo hallazgo se había anhelado durante tantos años. Abrió para España, que con la reconquista de Gibraltar logró salida hacia el Atlántico, una nueva puerta en la ruta al Lejano Oriente. Es cierto que lo fue a través de una angosta faja terrestre, empero su continuidad hacia el norte y sur no se conocía, pudiéndose presumir que hubiese un paso, un estrecho marítimo que permitiese la navegación directa entre Europa y Asia.

La noticia de la existencia de este mar produjo en España un verdadero revuelo. Imprimió nuevo impulso a la colonización, que languidecía tras los fracasos experimentados hasta entonces. Aún antes de efectuarse el propio descubrimiento, el rey impone toda su autoridad para que "sin pérdida de un solo día, que sería muy grande pérdida perderlo" —como escribe a los oficiales de la Casa de Contratación— se alistén mil hombres para Urabá. Más de tres mil aspirantes, entre nobles y plebeyos, soldados, letrados y eclesiásticos, solicitan enrolarse en esta nueva empresa. Y aunque el rey limitó la participación a solo mil quinientos hombres, casi dos mil encontraron modo de alistarse. Tanto entusiasmo había despertado la ruta abierta por Balboa.

Un hecho de tal trascendencia como era el descubrimiento del Pacífico no podía dejarse en manos de "un Vasco Núñez", como se comenzó a llamar a nuestro héroe en reales cédulas posteriores. Debido a sus innegables dotes de colonizador habían sido revocados ya en 1511 los nombramientos de Ojeda y Nicuesa como gobernadores de Tierra Firme y por el mismo año el virrey Diego Colón designaba a Balboa gobernador; nombramiento confirmado por el rey, Don Fernando, a fines de ese año. Y ciertamente ese hombre se destaca entre los caudillos de la Conquista; "Yo he procurado —dice— que nunca hasta hoy haber dejado andar la gente sin yo ir adelante, ora fuese de noche o de día, andando por ríos y ciéna-

gas y montes y cierras... Muchas veces nos acaeció ir una legua y dos y tres por ciénagas y agua, desnudos y la ropa cogida, puesta en la tablachina encima de la cabeza... Aquí habemos tenido en más las cosas de comer que el oro, porque teníamos más oro que salud...". Quien conozca la región del bajo Atrato comprenderá que no hay exageración en esta descripción. Por otra parte, ninguno de sus poderosos enemigos pusieron jamás en duda la participación personal de Balboa en cualquier empresa por pequeña haya sido.

Al llegar a España la noticia del magno acontecimiento, como lo fue el descubrimiento del Pacífico, el Rey agradece efusivamente a Balboa sus notables servicios y le escribe: Tened la esperanza que vos y ellos [—sus acompañantes—] han de ser bien gratificados y remunerados, y que yo siempre habré respeto a vuestros servicios y suyos, para que recibáis las mercedes. Y lo que a vos toca, yo lo haré de manera que vos seáis honrado y vuestros servicios se gratifiquen, que por cierto yo tengo bien conocido que en todo lo que habéis entendido lo habéis hecho muy bien". Simultáneamente el Rey lo nombra *Adelantado del Mar del Sur y Gobernador* de todas las tierras que desde la cordillera miran hacia este mar. En promesas y honores ha sido siempre pródiga la Corona de España.

Pero al mismo tiempo se le releva del gobierno de las tierras que había conquistado —señaladas ahora con el pomposo nombre de *Castilla de Oro*, y se nombra en ellas a don Pedro Arias Dávila, personaje de noble cuna y de abolengo, participante en las guerras de Italia y en los torneos cortesanos, casado con doña Isabel de Bobadilla, dama de no menor alcurnia y con vastas relaciones palaciegas. Y a este hombre, menos interesado en la gobernación de una provincia inhóspita como Urabá, que en la de Balboa con sus vastas posibilidades, el Rey subordina al descubridor del Pacífico; con lo cual prácticamente anula la gobernación de este, de la cual en verdad nunca tomaría posesión. Y no solo esto. A Pedrarias se le ordena entablar un proceso contra "un Vasco Núñez" por supuestas extralimitaciones en el gobierno por haber expulsado y negado participaciones en el botín a quienes querían aprovecharse del trabajo de sus compañeros. El alguacil mayor —su enemigo Enciso— viaja a Urabá con una escolta de diez hombres —para prevenir cualquier resistencia— y se ordena enviar a Balboa preso a España, si se hubieren demostrado actuaciones delictuosas.

Pedrarias arriba a La Antigua en una flota de veintidós navíos, acompañado de una ostentosa comitiva, la más lujosa que jamás había pisado América. No se había contemplado la petición de Balboa en el sentido de que viniese gente de La Española, bien curtida en asuntos americanos. Al contrario. A Urabá llegan chapetones, cortesanos, mercaderes, bachilleres y licenciados, agraciados con mercedes y oficios, altos salarios y prerrogativas. Más de cinco millones de maravedís es el presupuesto anual de los gastos de Castilla de Oro y el gobernador tiene que desarcirse de cincuenta mil ducados que demandó la expedición. Y comienza una sordida lucha, no solo para arrebatar a Balboa el fruto de sus desvelos, sino para liquidarlo.

Sería largo enumerar todas las intrigas que se urdieron para llevar a Vasco Núñez al cadalso. ¿Y cómo podía luchar contra esta clase privilegiada que venía desde España para aprovechar las perspectivas que él había abierto con el descubrimiento del Pacífico? Se le entabla el juicio de residencia, el cual, como declara el obispo Juan de Quevedo, “jamás se acabará”. Se le acusa de haber ocasionado, con la expulsión de Nicuesa, la muerte de este en un naufragio; de haber vejado al bachiller Enciso; de haber negado a los oficiales reales participación en el botín; de haberse erigido gobernante ilegalmente, etc. Ya que no se podía comprobarle delito grave alguno, se le impusieron multas y se le condenó a pagar cuantiosas sumas a quienes había perjudicado, dejándolo en la miseria. Con procedimientos que todavía emplean algunos gobiernos para desembarazarse de personas no gratas, Pedrarias Dávila le impide realizar descubrimientos en las costas del Pacífico, de las cuales era legítimo gobernador y adelantado, y le envía a Dabaibe, para posteriormente, tras fracasar la expedición, acusarlo de ineptitud. Cuando el hambre y las enfermedades diezman a los chapetones, se le imputa haber enviado falsos informes a la Corte sobre las posibilidades de la provincia, por lo cual —se escribe al Rey— “merece mil muertes”. Para lograr provechos y pagar los altos salarios, Pedrarias comienza a enviar a sus capitanes por doquier (Juan de Ayora, Gaspar de Meneses, Francisco Becerra, Bernardino Hurtado), quienes con proverbial crueldad arrebatan a los indios el oro y las perlas y luego los capturan para venderlos como esclavos en La Española. Y cuando tales métodos diezman la población aborigen y los indios huyen o se rebelan y el hambre, el clima y uno que otro eliminado por los indios reducen ya a fines de 1515 a solo seiscientos “hambrientos y en jarapas” los 2.000 españoles que habían puesto pie en La Antigua, se le hace cargo a Balboa por haber mentido descaradamente al rey al informar sobre la posibilidad de fundar pueblos entre mar y mar. Y cuando Balboa se queja al rey del mal gobierno de Pedrarias, se le contesta que “se ha maravillado mucho, continuar tanto el atrevimiento que tuvo [—Balboa—] de escribir a Su Alteza cosas tan inciertas”. Y que esta contestación solo se le entregue, “después de tenerle —a Balboa— a buen recaudo”.

¿Con qué armas podía defenderse “un Vasco Núñez” de la conjura de los “grandes” que se formó en su contra? De un almirante Don Diego Colón, quien aspiraba a gobernar todo lo descubierto hasta entonces; de un tesorero, como Diego de Pasamonte, que consideraba normal recibir presentes de todas partes de la América descubierta; de un secretario, como López de Conchillos, paniaguado de Pasamonte; de un Juan Rodríguez de Fonseca, gran amigo y miembro de la alta nobleza; de un Pedro de Colmenares y Diego de Albítez, que intrigaban en la Corte para suplantarle; de su encarnizado enemigo, el bachiller Enciso, quien desempeñaba el cargo de alguacil mayor de La Antigua; de un licenciado Espinoza, alcalde mayor; de un Pedro de Arbolancha, cortesano y mercader afortunado; y, por fin, de un Pedrarias Dávila, quien ambicionaba el gobierno de las tierras concedidas a Balboa, como lo demostró posteriormente cuando trasladó la capital de la provincia desde Santa María de La Antigua a Panamá?

Cuando nuestro desesperado héroe, ante la negativa del gobernador de proporcionarle gentes para emprender sus descubrimientos en el Pacífico, envía un mensajero a Cuba para que le traiga soldados, y este "delito" se descubre, se lo mete en prisión en una jaula de madera y para desbaratar sus planes se le promete que una vez concluya la fundación de Acla podrá emprender los anhelados descubrimientos. Incluso Pedrarias le ofrece su hija por esposa. Pero entre tanto intriga en la Corte para que tales viajes se otorgasen a Diego de Albitez, amigo y paniaguado del gobernador.

Fue esta la última trampa en que cayó Balboa. Se le concedió para su empresa términos imposibles de cumplir. Pero nuestro hombre no se amilanó. No se había dado cuenta de que luchaba contra fuerzas sociales a las cuales no podía vencer. Se trasladó a Acla y gracias a sus dotes de colonizador pronto convertía esta población en una floreciente villa. El licenciado Espinosa escribe que halló aquel pueblo "en forma de villa y hallé muy bien de comer, como lo hallamos en Sevilla, y los vecinos con ánimo". Balboa había organizado el municipio, había nombrado alcaldes y regidores y ya que se acabaron los indios de aquella región, ordenó a los mismos españoles hacer labranzas, dando personalmente el ejemplo.

Luego comenzó a organizar la expedición al Mar del Sur. Con españoles e indios capturados y treinta negros esclavos se transportan los aderezos y la madera a través de la montaña hacia el río de las Balsas, para comenzar la construcción de los barcos en las costas del Pacífico que habrían de llevarlo a la exploración del Mar del Sur. Fueron los primeros navíos construidos en las costas de este mar. Luego la coyuntura parecía favorecer a nuestro héroe. Los Padres Jerónimos, que entonces gobernaban La Española, le dieron licencia para emprender su jornada. Pedrarias Dávila fue destituido de su mando, debido a las quejas llegadas a la Corte, y un nuevo gobernador, don Lope de Sosa, estaba por llegar para encargarse del gobierno. Todo esto indujo a Vasco Núñez a enviar a Acla un hombre de confianza para averiguar aquel estado de cosas. El espía fue interceptado por Pedrarias a la sazón en aquella ciudad. El astuto gobernador, quien desconfiaba de Balboa de que planeaba a emprender su viaje explorador sin contar con él, ordena a este presentarse ante él y nuestro hombre cae en las fauces del lobo. Ya había logrado Pedrarias en la Corte que Diego de Albitez fuera designado para aquella tarea, y ya había convenido con este una jugosa participación.

Se entabla a Balboa un proceso en el cual se le vuelve a imputar todo lo acaecido desde los comienzos de su gobierno. Se le acusa de traidor y amotinado y junto con algunos compañeros se le condena al cadalso y a la pérdida de todos sus bienes a favor de la Corona. La apelación contra la sentencia le es denegada el 12 de septiembre de 1519 por Pedrarias, aunque de acuerdo con los títulos de este, estaba obligado a otorgarla por cualquier asunto que sobrepase el valor de seiscientos pesos. La vida de "un Vasco Núñez" no los valía.

El día preciso de la ejecución de la sentencia no es conocido, pero debió ser antes del 22 del mismo mes, pues en aquel entonces el licenciado Espinosa, juez de la causa, quien había recibido de Pedrarias, en señal de

agradecimiento, la tenencia de la gobernación, viaja a la costa del Pacífico para incautarse de los dos navíos construídos por Balboa; mientras que Gonzalo Fernández de Oviedo se posesiona de los bienes del reo en nombre del Rey.

Así concluye la agitada existencia del descubridor del Pacífico, cuyo delito fue no haber pertenecido al círculo de los intereses de los que en España manejaban los destinos de las Indias y porque "hacia Patria". Cuando en 1523 Gonzalo Núñez de Balboa trata de rehabilitar el nombre de su hermano, quejándose ante el Rey de la injusticia cometida por Pedrarias, los consejeros reales transmiten esta queja al propio Pedrarias, quien todavía ejercía el mando, para que "llamadas y oídas las partes, brevemente hagáis y administreis entero cumplimiento de justicia, por manera que las partes las hayan y alcancen y ninguno reciba agravios de que tenga razón de se quejar". ¡Tal es la farsa del destino!

Bogotá, septiembre de 1963.